

E L 7 de noviembre de 1917 (25 de octubre, según el calendario juliano, entonces en vigor en Rusia) Lenin dio el orden de asalto al Palacio de Invierno en Petrogrado. Horas después proclamaba la edificación del "orden socialista". El periodista americano John Reed relata así la escena y el personaje: "Una silueta breve, una abultada cabeza redonda y calva hundida en los hombros, ojos pequeños, nariz corta, mentón exiguo... Su traje está raído, su pantalón es demasiado largo. Poco hecho, físicamente, para ser el ídolo de la multitud... Sosteniéndose en el borde de la tribuna, pasea sobre la asistencia sus ojuelos parpadeantes, aparentemente insensible a la ovación que se prolonga varios minutos. Cuando esa ovación termina, dice simplemente: "Pasemos ahora a la edificación del orden socialista". De nuevo en la sala hay un formidable desencadenamiento humano". Las cuestiones que se plantean ahora, sesenta años después, en medio de una conmemoración naturalmente solemne y enfática en Moscú, son éstas: ¿se ha realizado en realidad el orden socialista? ¿Fue un modelo aquella revolución? ¿Se ha desarrollado la URSS según las previsiones de Marx y Engels? ¿Qué ha sido, qué es del comunismo? Preguntas que admiten toda clase de respuestas y de interpretaciones. Depende de los puntos de vista de quienes respondan.



La revolución de octubre glorificada por los proletarios del mundo entero se convirtió en un modelo y una aspiración, pero ahora los marxistas han empezado a advertir que las revoluciones no son exportables y todos los grandes partidos comunistas se han lanzado al revisionismo.

RUSIA Y LA REVOLUCION 1917-1977

EDUARDO HARO TECLEN

La revolución rusa

Una cuestión que no se suele debatir es si la revolución de 1917 fue una revolución rusa o una revolución comunista. Las partes más opuestas se han puesto de acuerdo en esta última cuestión. Los comunistas, porque deseaban y sentían que era la primera y definitiva victoria de una ciencia política, de una doctrina que enseñaba de manera infalible a entregar los poderes al pueblo; para ello tuvieron que pasar por la primera contradicción grave, la de que el comunismo científico estaba predicado para países de desarrollo industrial —se preveía Alemania— y no para sociedades aún semifeudales, como la rusa. Los poderes, porque les interesaba poner un nombre propio al fantasma que rondaba Europa —según la frase del "Manifiesto"— y alzarse internacionalmente frente a lo que era una amenaza internacional. Sin embargo, después un punto de vista de sociología histórica, es imposible dejar de tener en cuenta los fenómenos exclusivos, propios, originales de Rusia que condujeron a la revolución. Había que retroceder a la época en que Rusia vivía aún en la baja Edad Media, cuando en Europa comenzaban a florecer las democracias; todavía entonces había en Rusia campesinos esclavos: los siervos, las "almas muertas" se compraban y vendían como

objetos. Un feudalismo de señores de horca y cuchillo, una corte fanática y supersticiosa, impidieron la entrada de la revolución industrial de Manchester. Sin embargo, ciertas ideas penetraban la espesa coraza defensiva. La desesperación de los campesinos producía movimientos de defensa desesperados. Generalmente se producían como consecuencia de algunas guerras exteriores. La de Crimea trajo la revolución de 1861, que produjo la abolición de los siervos. La ruso-japonesa produjo la de 1905, que terminó forzando al Zar a dar al país una Constitución. Otra guerra con el extranjero, la de 1914, produjo la revolución de febrero, que hizo abdicar al Zar y llevó a Kerensky al poder y a la instalación del gobierno provisional. Hay dos versiones clásicas sobre esta situación: la derechista, que entiende que Kerensky fue una debilidad demócrata que abrió el camino al comunismo —los "kerenskias" serían los políticos demócratas, en lenguaje fascistoide— y la de la izquierda, según la cual Kerensky sería el último intento de retraso de la auténtica revolución.

Si Kerensky hubiese llegado al poder un par de años antes, probablemente se habría formalizado un gobierno democrático. Accedió al poder con retraso y cometió el error de tratar de continuar el esfuerzo

de guerra. El estallido del 25 de octubre (7 de noviembre) hubiera podido ser evitado; no era ineluctable. Una serie de hechos internacionales lo favorecieron. Otros trataron de evitarlo. Se lanzó la guerra civil, los generales "blancos" recibieron el apoyo de las democracias, la Rusia roja quedó bloqueada y sometida al hambre. Todos estos acontecimientos modificarían esencialmente la entraña de lo que hoy conocemos como comunismo.

La proyección mundial

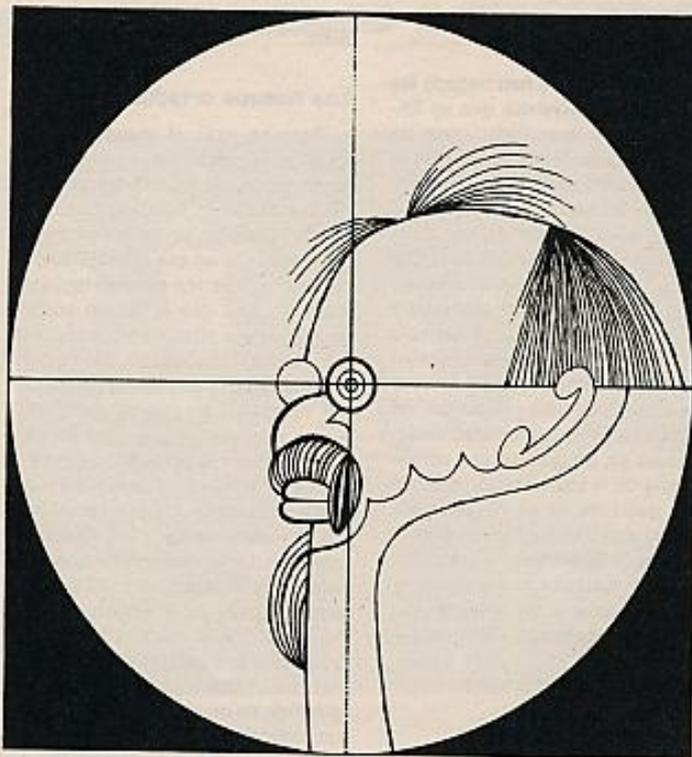
El inesperado triunfo del socialismo en Rusia, las condiciones en que triunfó, las pruebas por las que pasó y el desarrollo de sus defensas, constituyeron elementos decisivos en la orientación de los movimientos socialistas y revolucionarios del mundo. Lenin había sido, y no dejó de serlo nunca, internacionalista. Pero no pudo evitar que, por las condiciones en que el socialismo se implantó en su propia patria, se rusificara. Las contradicciones surgidas entonces perduran hoy, sesenta años después, bajo diversos aspectos. Cuando en 1919 se reunió en Moscú la III Internacional, Lenin planteó a los delegados internacionales un dilema: debían elegir el mismo camino revolucionario que había tomado el partido bolchevique o desaparecer.

Para muchos partidos socialistas o socialdemócratas europeos la necesidad de la revolución violenta parecía no existir. Tenían vías legales para influir en la política de sus gobiernos. Por lo tanto sólo acudieron aquellos que compartían la línea dura bolchevique: fue la constitución de la Komintern y constituyó una escisión seria en el movimiento marxista. El segundo congreso de la Komintern en 1920 acentuó el problema. Las "21 condiciones" que se imponían a los partidos que quisieran afiliarse a la III Internacional exigían la expulsión de los reformistas y el compromiso de la agitación ilegal. Este error produjo, sin duda, graves destrozos en toda la izquierda europea: los legalistas fundaron los partidos socialistas, socialdemócratas, laboristas o equivalentes, que fueron poco a poco inclinándose hacia una derecha —hasta nuestros días— y los otros crearon los partidos comunistas, inevitablemente rusificados por la enorme atracción que ejercía en ellos el triunfo comunista en Rusia. Muchos de estos son los que hoy mismo están evolucionando por otros caminos de desrusificación, que llamamos genéricamente "eurocomunismos". En medio han aparecido corrientes, como la del "poli-centrismo" —precursor—, la vía cubana, la vía china, las nuevas orientaciones en las democracias

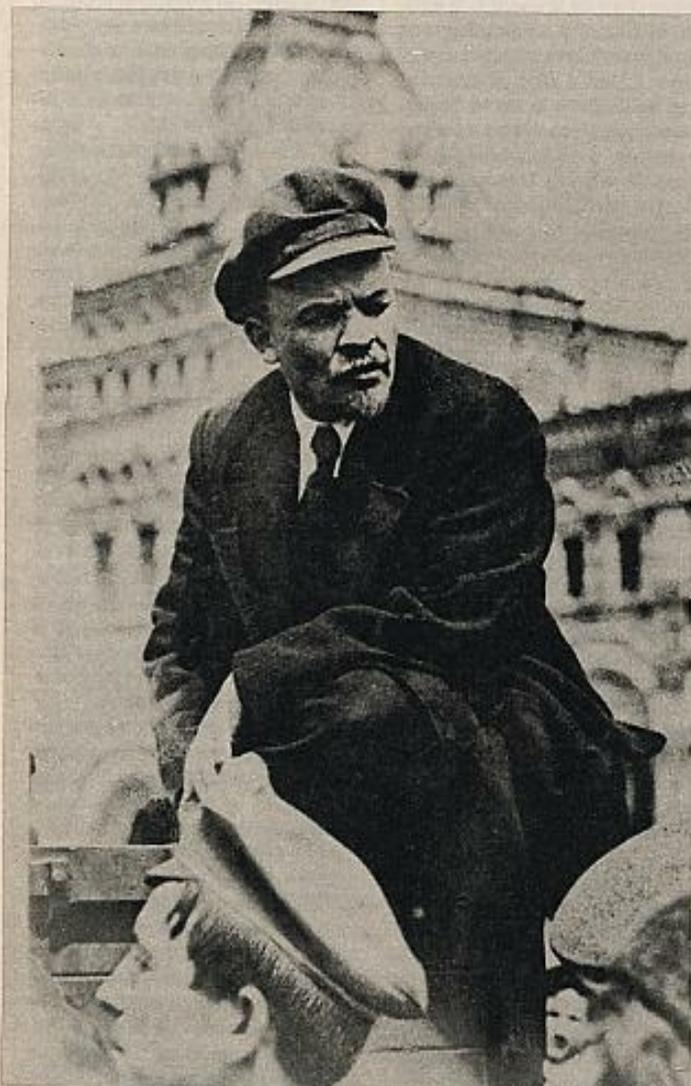
populares, la nueva fuerza del trotskismo.

Las mil vías

En todo este movimiento no se suele prestar la atención necesaria a las mil vías ahogadas dentro del comunismo soviético y extrasoviético. La contracción sufrida en un principio por la situación defensiva de los bolcheviques en minoría, luego el "comunismo de guerra" de la guerra civil, y la lucha contra el cordón sanitario; finalmente, la sustitución del dúctil Lenin —sin exagerar en la ductilidad; solamente, con la suficiente inteligencia como para aprovechar todas las corrientes posibles— por la rigidez férrea de Stalin, fueron acontecimientos que llevaron a ahogar —muchas veces en sangre— las otras vías que ofrecía el marxismo-leninismo y las experiencias soviéticas. Una serie de nombres —sin tiempo ni ocasión aquí para mayor análisis de sus ideas— nos muestran otras posibles vías del comunismo que fueron más o menos ahogadas: Eduard Bernstein, Plejanov, Rosa Luxemburg, Trotsky, Bujarin, Roy, Bogdanov, Deborin, Lukacs, Bloch... Sin



Trotsky, por Vázquez de Sola.



Moscú sigue considerando como válidos sus propios principios y como única su interpretación de Marx y de Lenin, no sólo para la URSS, sino para todo el mundo. En la foto: Lenin durante un mitin, en mayo de 1919.

pensar en Kautsky, Bebel, Jaures, Sidney Webb... Se ha ido aceptando como "ortodoxa", como "única", como "científica" la línea que ha ido asumiendo el poder en la URSS. Esto puede no proceder más que de un error antimarxista: el de hacer coincidir los hechos tales como se producen con la verdad única posible. Una serie de acontecimientos han hecho posible esta confusión: unos acontecimientos que podían suponer la razón del poder. Desde el año 1917 hasta 1977 el país ha dado un salto gigantesco. En lo humano y en lo material. De ser un país de esclavos con algunas tolerancias, a ser un país donde no existe el paro, el hambre o la miseria ni las desigualdades sociales demasiado evidentes; de ser un país cercado y arruinado, a convertirse en una superpotencia. El comunismo se ha extendido en el mundo mucho más que cualquier otra forma de gobierno, y todavía constituye la esperanza de cientos —o de miles— de millones de personas oprimidas. Este tipo de realizaciones suele confundirse con el dominio de la verdad absoluta. Pero como al pasado es aún más difícil de predecir que el presente, nos encontramos en la imposibilidad de saber qué habría sido de Rusia —y del mundo— si el comunismo se hubiera implantado con otras premisas, si los "revisionistas" y los "desviacionistas" hubiesen sido escuchados y sus ideas se hubieran sumado a la gran corriente comunista que surgió a partir de Marx y de Engels.

El modelo imposible

La revolución de octubre, glorificada por los proletarios del mundo entero, se convirtió en un modelo y

en una aspiración. Por sí misma, por el reflejo de posibilidad que consiguió dar y por la imposición —antes citada— de los órganos de poder de Moscú. Muchos fracasos revolucionarios del mundo proceden de esta fijación por un modelo y por cualquier otro modelo. A partir del aplastamiento sangriento de los espartaquistas alemanes, con el asesinato de Rosa Luxemburg y de Karl Liebnicht. Cada modelo revolucionario segrega automáticamente su modelo contrarrevolucionario, y un hecho revolucionario es siempre irreplicable. Es algo que sabía perfectamente Marx, y es algo de lo mucho que Marx no consiguió transmitir a los marxistas posteriores. Marx escribió: "La tradición de todas las generaciones muertas pesa con un peso demasiado grave sobre el cerebro de los vivos. Y hasta cuando parecen ocupados en transformarse, ellos y las cosas, a crear algo nuevo, precisamente en esas épocas de crisis revolucionaria evocan temerosamente los espíritus del pasado, les toman sus nombres, sus consignas, sus costumbres, para aparecer en la nueva escena de la historia bajo ese disfraz respetable y ese lenguaje prestado". "La revolución social del siglo XIX no puede obtener su poesía del pasado, sino solamente del poder vivir. No puede comenzar consigo misma antes de haber liquidado completamente toda superstición con respecto al pasado. Las revoluciones anteriores tenían necesidad de reminiscencias históricas para disimularse a ellas mismas su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar a los muertos que entierren a sus muertos para realizar su propio proyecto. Antes la frase desbordaba al contenido, ahora es el contenido el que desborda la frase". Son palabras de 1852 ("El 18 Brumario de Luis Bonaparte"), como esta otra: "Hegel dice en algún lugar que todos los grandes acontecimientos y todos los personajes históricos se repiten, por decirlo así, dos veces. Ha olvidado añadir: la primera vez como tragedia, la segunda vez como caricatura". La posibilidad de las revoluciones comunistas posteriores a la de Rusia en 1917 fue la de no seguir el modelo. China fue un caso propio, y la presencia de "agitadores" o instructores soviéticos que querían implantar su modelo no fue sólo inútil, sino en ocasiones funesta: algunos de ellos aconsejaron a Stalin abandonar a Mao y a Chu En-lai y sus camaradas y otorgar su protección y ayuda a Chiang Kai-chek porque tenía mayores posibilidades (el mismo error fue cometido por los consejeros de Estados Unidos), y es muy probable que desde entonces —aparte de cuestiones históricas y fronterizas— hubiera ya una fisura entre China y la URSS. La revolución cubana fue y es irreplicable, como lo fue la del Vietnam. Los intentos de repetir estos dos modelos han ocasionado más retrasos que progresos en las vías revolucionarias. Ciento veinticinco años después de haber sido anun-

RUSIA Y LA REVOLUCION 1917-1977

ciado por Marx, los marxistas han comenzado a advertir que las revoluciones no son exportables y que los modelos no se pueden seguir. La segunda vez es siempre una caricatura. Y una matanza.

El nuevo revisionismo

En estas condiciones el término revisionismo ha perdido toda la virulencia que tuvo antes en el seno de los grandes partidos comunistas. Todo el mundo se ha lanzado al revisionismo. Se revisan, incluso, los grandes principios de la revolución de octubre. Es decir, no solamente se le empieza a quitar su capacidad de modelo, sino incluso se duda ya seriamente de los análisis históricos oficiales posteriores. Por ejemplo, muchos ideólogos-historiadores de hoy no están nada seguros de que la revolución de octubre no fuera más que el golpe de mano audaz de un solo hombre, Lenin, en un momento determinado, y no un hecho científico e inevitable. Lo cual trae la duda de si el axioma contrario al espontaneísmo es todavía válido o no. Y que no hubiese sido posible —o hubiera sido muy retardada— sin la de febrero, que fue una revolución espontaneísta (según uno de sus historiadores, "una de las revoluciones más espontáneas, más anónimas, más acéfalas de todos los tiempos"). Todo ello pone en duda una de las dos grandes bases del comunismo. El comunismo es por una parte un sistema de vida, de relación de la sociedad con el poder, de reparto de la riqueza y de explotación igualitaria de esa riqueza; pero por otra es un método de conquista del poder, una táctica y una estrategia revolucionarias. Marx y Engels reunieron en sí mismos estas dos vertientes: la de revolucionarios creadores de vías para el asalto y dominio del poder, y la de organizadores teóricos de la sociedad que habla que construir a continuación de esa conquista del poder. También lo fue Lenin. Solamente que Marx y Engels hablaron en lenguajes universales y generales y no asistieron nunca al triunfo de la revolución, y Lenin habla y actúa frecuentemente sobre situaciones dadas, sobre coyunturas y realidades políticas inmediatas. El revisionismo postulado de hoy discute que el sistema Lenin en Rusia pueda ser seguido en otros países para la conquista del poder, pero también que las formas que fue adquiriendo la revolución soviética y por lo tanto el rostro actual del comunismo sean el único posible. El abandono de los revolucionarismos comunistas en Europa es patente: las circunstancias actuales hacen que cualquier intento de repetir en este continente y en este momento lo que sucedió en Rusia en 1917 sea efectivamente una farsa. Se emparentan más con los evolucionistas malditos en las reuniones de 1919 y 1920.

La dictadura del proletariado

Pero también se han negado las formas de convivencia que se implantaron en la sociedad rusa de 1917, en la soviética a partir de la constitución de 1923. Se ha negado, esencialmente, la dictadura del proletariado. Al lado de los enormes logros materiales de la URSS está un sistema de vida criticado ahora bajo la forma de atentado a los derechos humanos; y no sólo por el enemigo eterno —el capitalismo, representado principalmente por Estados Unidos—, sino por los propios partidos comunistas oficiales. Esto es, en Europa, una consecuencia de la implantación que parecía definitiva de un determinado nivel de vida y una adhesión a las libertades individuales. El sometimiento a cualquier forma de dictadura, incluso a la del proletariado, es algo que se acepta espontánea-



Stalin, por Vázquez de Sola.

mente como solución, como salida quizá, de una situación sin otras posibilidades. En el momento en que otras posibilidades parecen conquistadas e irreversibles, el revolucionarismo pierde su atractivo. Nótese que, salvo en la literatura y en la mentalidad de algunos exaltados, la revolución no es nunca una fiesta ni algo a lo que se acude con irresponsabilidad y alegría: es un esfuerzo trágico que brota de una necesidad y de un dilema, que hace preferible la posible muerte —y todas las formas de represión— que pueden ser su consecuencia a una estancia en el mundo mucho más trágica aún. Lo mismo sucede con cualquier forma de dictadura, incluyendo la del proletariado: es un mal menor. Cuando la necesidad de la revolución y de la dictadura del proletariado es evitable, se evita. Sólo algunos intelectuales, algunos filósofos, algunos iluminados —o simplemente algunos aventureros— aceptan las ideas de revolución y dictadura fuera de una presión de su clase social. Quizá su mérito es mayor que el de los que sienten la

revolución como necesidad imperiosa.

Los nuevos ortodoxos

Pero no todo el mundo piensa igual en Europa. Hay numerosísimos grupos que no sólo consideran la revolución de octubre como un hecho histórico de la mayor trascendencia —y en esa consideración no son pocos los nuevos revisionistas—, sino que la tienen como modelo. Para ellos, la situación no ha variado. Europa se ha hecho simplemente más vivible a partir del momento en que ha mitigado —sólo relativamente, y sólo en algunas zonas— la situación de miseria de la primera parte del siglo a costa de la explotación de las riquezas de otros, de las "naciones proletarias". La tensión revolucionaria solamente habría cambiado de ordenación geográfica. Por otra parte, no creen que el relativo bienestar de Europa sea definitivo, sino solamente una etapa: el capitalismo está harido de muerte por sus propias contradicciones —tesis clásica— y puede sufrir una crisis que vuelva a agudizar los conflictos entre las clases sociales. Está sucediendo ya: la llamada crisis de la energía, la inflación, el desastre económico, son hechos precursores del gran hundimiento. Frente a ellos, el capitalismo se defiende de la forma clásica, haciendo pagar los costos a las clases obreras, y no tolerará ninguna especie de reforma. Llegará un momento en que la tensión revolucionaria volverá a ser cosa de este continente. El papel comunista en esta época consiste no en mitigar las contradicciones del capitalismo, sino en agudizarlas; y en estar dispuesto para lanzarse a la lucha en el momento decisivo. Si triunfara esa lucha, sería preciso implantar la dictadura del proletariado, para evitar que los antiguos explotadores pudieran volver a ocupar el poder; bien por una nueva forma de acumulación de la riqueza, bien por el uso de las armas. Como en Chile. La unión que se formó en torno a Allende por vía electoral quiso implantar el socialismo sin dictadura del proletariado, y ello dio armas a sus enemigos para asesinarla.

El problema de estos grupos es complejo. Por una parte, están escasos de militantes porque el reflejo de ortodoxia se sigue centralizando en los partidos oficiales (que, a su vez, encuentran más facilidades en los poderes). En segundo lugar, su posición con respecto a la URSS es ambigua: por una parte aceptan su modelo —revolucionario y de organización de la sociedad—, pero por otra parte desconfían de su actitud realmente revolucionaria, a partir de la "coexistencia", que le ha hecho abandonar numerosos sectores revolucionaristas del mundo. La fijación por otras vías —la china, la cubana, la vietnamita— perturba la coherencia de ideo-

logía y de actuación. Algunos de estos grupos optan por la violencia, para agudizar las contradicciones capitalistas —como las Bandas Rojas alemanas—, lo cual a su vez produce la reprobación de otros.

El faro de Moscú

En cuanto a Moscú, no abdica de su condición de faro del comunismo a los sesenta años de su revolución. Trata de seguir dispensando patentes a los movimientos y a los líderes del mundo, a quitarles o a darles su bendición. Pero esto ya tiene poca importancia. No da el menor signo de variación en su sistema de dictadura del proletariado y en la organización de su convivencia, aunque ello haya producido numerosas disidencias. A pesar de autocríticas —como la del XX Congreso— y de modificaciones, a pesar de tolerancias, sigue considerando como válidos sus propios principios, y como única su interpretación de Marx y de Lenin: como únicas no sólo para la URSS, sino para todo el mundo.

Las bases en que se apoya son muy importantes: la abolición de la miseria, la enseñanza gratuita, la distribución del trabajo, la sociedad igualitaria —aunque sólo sea relativamente— y, sobre todo, la comparación entre la horrible Rusia de los Zares y la de hoy, incluso de la tenebrosa URSS de Stalin y la de hoy, son hechos indiscutibles. La posibilidad de que todo ello se hubiese podido conseguir por vías más abiertas, por las vías de la democracia propia que el comunismo, el marxismo, ofrecía en sus orígenes, es para ellos más discutible. ¿Son todos estos logros una esclerosis de la revolución? ¿Se ha tenido un proceso de progresos continuo, que debía haber sido el soviético? ¿Se han perdido en los avatares del camino —final de la primera guerra mundial, guerra civil, cerco económico, segunda guerra mundial, guerra fría— los principios de libertad y de humanismo que estuvieron presentes en 1917? ¿Hubiera conseguido sobrevivir la URSS si aquellos principios reflejados en la literatura, el arte y el cine de la época —ahogados después— se hubieran desarrollado libremente?

La mayor parte de estas preguntas no tienen contestación posible: solamente se pueden hacer especulaciones, o juicios históricos, o juicios de valor, sin gran contacto con la realidad. Hay muchos motivos, en estas fechas, para que la URSS pueda celebrar con orgullo y con satisfacción el sesenta aniversario de su revolución de octubre. Hay muchos otros, también, que producen una gran inquietud. Sobre todo aquellos que se dirigen hacia la duda de si es un medio de convivencia aceptable o no. Dependerá del punto de vista y de la situación social de quien lo considere.